

PARTE 3. El Sello De Dios

El amor que no puede ser conmovido

Así como Israel cruzó hacia la libertad, nosotros también debemos ir más allá del miedo y hacia una lealtad inquebrantable. Esta es la obra del Espíritu Santo, que la Biblia llama el sello de Dios. Exploremos lo que eso significa.

Jesús envió un mensaje a través de Su amigo Juan, diciéndonos que al final del tiempo (nuestros días), Él enviaría a Sus ángeles para retener la tribulación final que precede a Su regreso hasta que Su pueblo reciba el sello de Dios:

Después de esto vi a cuatro ángeles de pie en los cuatro puntos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos de la tierra, para que no soplará viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. Y vi a otro ángel que subía del oriente, teniendo el sello del Dios vivo. Y clamó a gran voz a los cuatro ángeles a quienes se les había dado poder para dañar la tierra y el mar, diciendo: «No dañéis la tierra ni el mar ni los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios» (Apocalipsis 7:1-3).

Este sello no es un tatuaje u otra marca física en el cuerpo, sino como Pablo escribió:

- «Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también **nos ha sellado** y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones» (2 Corintios 1:21, 22).
- «En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, **fuisteis sellados** con el Espíritu Santo de la promesa» (Efesios 1:13).
- «Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, **con el cual fuisteis sellados** para el día de la redención» (Efesios 4:30).

El Espíritu Santo es el Espíritu de verdad y amor (Juan 14:17; 15:26; 16:13; 1 Juan 4:8).

Ser sellado por Dios significa que hemos recibido el Espíritu Santo morando en nosotros, el cual, mediante el obrar de la verdad y el amor, elimina de nuestra identidad, nuestro yo, nuestro corazón y mente, todo lo que nos separa de Dios y nos solidifica en corazón y mente en una lealtad inquebrantable a Dios, de tal manera que nada puede hacernos elegir traicionar nuestra confianza en nuestro Salvador.

Una forma sencilla de decir esto es que ser sellado significa elegir decir sí a la guía del Espíritu Santo, de modo que nos afianzamos, tanto intelectual como espiritualmente, en la verdad y el amor de Dios, y nada puede apartarnos de ello.

Jesús describió este estado al decir: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente» (Mateo 22:37).

Ser sellado por Dios, por la obra del Espíritu de verdad y amor, significa que nuestra identidad (individualidad, yo, ego, personalidad) se despoja de encontrar el yo, la seguridad, el significado, el valor o la valía en cualquier cosa antes de Jesús.

Pero, ¿qué significa esto en la práctica, y cómo lo experimentamos?

Rompiendo nuestros apegos

La Biblia enseña que cuando Adán pecó, corrompió su propia naturaleza y se infectó con un espíritu de miedo y egoísmo; desde entonces, cada persona nace infectada con ese mismo espíritu corruptor de miedo y egoísmo (Salmo 51:5; 2 Timoteo 1:7).

Venimos al mundo temerosos, inseguros, necesitados y dependientes, y inmediatamente comenzamos a buscar y a crear apegos a lo que nos proporciona seguridad, comodidad, una sensación de protección, identidad, significado y propósito.

Nuestros corazones quieren estar libres de miedo y duda, libres de culpa y vergüenza. Por lo tanto, como niños, nos apegamos, inicialmente y apropiadamente, a nuestros padres y buscamos constantemente obtener

aprobación, validación, amor y aceptación de ellos, lo que compensa (pero no elimina ni reemplaza) el espíritu de miedo e inseguridad con el que nacimos.

A medida que crecemos, buscamos, encontramos y formamos apegos a otras cosas. Algunos apegos se consideran adaptativos, como los amigos y la familia, pero otros menos, como la comida (no por nutrición sino como consuelo emocional), sustancias, dinero, propiedades, posición, estatus, fama, reputación, habilidades y destrezas, logros, equipos deportivos, objetos, amuletos de la suerte, alma máter, iglesias, naciones y organizaciones, como el Ejército, la Armada, la Fuerza Aérea, los Marines, pandillas, sectas y partidos políticos.

Todos estos apegos a nuestro sentido de identidad, nuestro yo, nuestro corazón, se forman en un intento de hacernos sentir seguros, importantes, valiosos, necesarios, protegidos y dignos, para darnos un sentido de identidad, significado y propósito para compensar el espíritu de miedo, culpa y vergüenza que heredamos de Adán.

Amenazar cualquiera de estos apegos inflama el miedo, la ansiedad y la angustia, lo que típicamente resulta en una respuesta hostil para defender los propios intereses, ya sean físicos, relacionales o legales; buscamos eliminar la amenaza a nuestra seguridad. Esta es la causa de las divisiones y conflictos interminables a lo largo de la historia humana.

Esto se ve en las personas con sus equipos deportivos. Si su identidad y sentido de sí mismos están profundamente ligados a su equipo, se angustian y enojan mucho cuando su equipo pierde. Algunas personas atan sus corazones a su nación, carrera, raza, denominación, familia o riqueza.

La única fuente

El plan de Dios para Su pueblo es cortar de nuestros corazones cualquier fuente de seguridad, identidad, paz o sentido de bienestar que no sea Él. Debemos reconocerlo no solo como nuestra única fuente de vida, sino también como la fuente de nuestra identidad, propósito, significado y seguridad. Debemos reconocer que nuestros talentos, inteligencia, habilidades, destrezas, salud,

riqueza, todo lo que tenemos, se origina en Él, y que somos Sus administradores para llevar a cabo Sus propósitos en el uso de todo lo que nos ha dado. (Y Sus propósitos son siempre para nuestro mayor bien, no para Su necesidad).

Pero no somos Sus esclavos; Él quiere que seamos Sus amigos comprensivos (Juan 15:15). Él quiere llevarnos al punto en que separemos todos los lazos de lealtad que interfieren con Su llamado y propósito en nuestras vidas y le demos nuestros corazones y mentes y, en última instancia, nuestra primera prioridad en todas las cosas a Él, que en todas las acciones busquemos honrarlo y darle gloria, porque es a Él a quien amamos y confiamos por encima de todos los demás.

Por ejemplo, Abraham demostró que Dios era lo primero en su corazón en el Monte Moriah cuando estuvo dispuesto a sacrificar a su propio hijo.

Colocar a Dios en primer lugar en nuestros corazones no nos libera de nuestros deberes en la vida, sino que más bien nos fortalece y nos capacita para cumplir esos deberes.

Los padres que priorizan a Dios por encima de sus hijos serán aún más capaces, enfocados, energizados, motivados y dotados de sabiduría y fuerza para cumplir su llamado piadoso de criar a sus hijos.

Las personas que ponen a Dios antes que a su cónyuge en todas las cosas serán los cónyuges más amorosos, leales, atentos, protectores y sanos, porque tratarán a sus parejas como Cristo trata a la iglesia, y esos matrimonios serán el lugar donde ambos individuos prosperarán, madurarán, crecerán y experimentarán el amor y la paz más profundos posibles en la Tierra.

Si bien debemos estar en el mundo, no debemos ser del mundo; por lo tanto, debemos estar listos para soltar cualquier otro apoyo o apego en este mundo en lugar de traicionar a Jesús para aferrarnos a lo que tenemos.

Si somos llamados como Lot a dejar o huir de nuestro hogar, nuestra comunidad, nuestra familia, nuestra riqueza, ¿estamos listos para seguir ese llamado, o sería demasiado

amenazante, demasiado aterrador, y elegiríamos morir aferrándonos a nuestras posesiones terrenales?

Si somos llamados como el joven rico a vender todo lo que tenemos y dárselo a los pobres y seguir a Jesús, ¿podríamos hacerlo, o nuestro sentido de valía, nuestra seguridad, nuestro significado e identidad se verían abrumados, y sería demasiado aterrador y temible hacerlo, por lo que nos aferraríamos a nuestro dinero y perderíamos nuestra alma?

Si nosotros, como Abraham o los de Mateo 10:34–38, somos llamados a romper lazos con miembros de la familia y enviarlos lejos, ¿podemos hacerlo, o encontramos que tal acto nos dolería demasiado, y elegiríamos aferrarnos a ellos en lugar de a Jesús?

Si somos llamados como los apóstoles a dejar nuestro empleo para servir al Señor, ¿somos capaces de hacerlo, o nos aferramos a nuestros ingresos terrenales para sentirnos seguros y protegidos, solo para perder la seguridad eterna?

Si somos llamados como Moisés a dejar una posición de poder y autoridad, un lugar de liderazgo social, ¿somos capaces de hacerlo, o tal degradación, una humillación, una pérdida de estatus nos aterroriza y asusta, causándonos tanta agitación que rechazamos el llamado, nos aferramos a la posición y al poder, y perdemos la salvación?

Si somos llamados como Pablo a seguir a Jesús a costa de ser rechazados por la iglesia de nuestra crianza, ¿somos capaces de hacerlo, o el rechazo de nuestra propia iglesia sería tan aterrador que nos negaríamos a seguir a nuestro Salvador, prefiriendo la seguridad de la membresía denominacional?

Si estamos en el liderazgo de una iglesia o una de sus instituciones y somos llamados, como Caifás hace dos mil años, a elegir entre seguir a Jesús o proteger los bienes de la institución, ¿somos capaces de seguir a Jesús, o nuestro sentido de seguridad estaría tan ligado a la organización que, como Caifás, diríamos: «Vosotros no sabéis nada; ni consideraréis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca» (Juan 11:50)?

Debemos llegar a ser como Job, quien, a pesar de perder todos sus apegos terrenales, todavía confió en Dios. La única forma en que podemos hacer esto es si ponemos a Dios primero en nuestros corazones ahora.

Debemos amarlo por encima de todos los demás y formar identidades, nuestro sentido de sí mismos, nuestro propósito, nuestra razón de vivir, sobre la verdad de quién es Él y quiénes somos para Él—Su precioso hijo o hija a quien ama tanto que envió a Su único Hijo para salvarnos. Cuando ponemos a Dios en primer lugar en todas las cosas y estamos asentados en la verdad de quién es Él, tanto intelectual como espiritualmente, mente y corazón, entonces somos sellados por Dios y nada, ninguna tentación, ninguna mentira, ninguna amenaza, ninguna pérdida, nos conmovirá de ello.

Y porque Dios quiere esto para nosotros, permite que los eventos se desarrollen en nuestras vidas de tal manera que nos ponen en una posición en la que debemos elegir lo que más valoramos, en quién confiamos más: Dios o algo más.

Elegir la confianza sobre los apegos terrenales y el miedo

Cuando experimentes algo que te cause miedo, inseguridad o te haga sentir amenazado, ve a Jesús y pídele que te ayude a identificar la fuente. Ora como David para que Dios escudriñe tu corazón y corte cualquier apego que se haya formado en tu vida que esté interfiriendo con tu conexión con Él. Elige entregarlo todo a Jesús, confiar en Él con todo, reconocerlo no solo como Salvador sino también como tu Creador (y Recreador) y Sustentador, y abrazar tu relación con Él como Su administrador y amigo amoroso, confiado y digno de confianza, porque Él ha prometido: «Nunca te dejaré, ni te desampararé». Así que decimos con confianza: «El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre» (Hebreos 13:5, 6).